

Sujjin (fragmento) | Estibaliz Valdivia

*Interprextos I* volumen 1, número 1  
Marzo-agosto de 2024 / pp. 183-187  
e-ISSN: En trámite  
Divulgación

**“Escribir para no dudar de la existencia”, en *Cuaderno bermejo*<sup>1</sup>. Estado de México: CEAPE-FOEM, Col. Mujeres, razón y porvenir-Literatura, 2023, pp. 13-17.**

Mariana Bernárdez  
*Poeta, ensayista, investigadora independiente.*  
*Ciudad de México, México*

**Recepción:** octubre 18 de 2023

**Aceptación:** noviembre 27 de 2023

I

Escribir para no dudar de la existencia, de las cosas que hicieron adorar la sensación de vivir: ese tachón en la esquina de la hoja o ese perro amarillo que acompañó las muchas tardes junto al mar.

Escribir sobre lo impronunciable del mar, sobre sus arenas donde se confunden la cadencia de los días, las conversaciones, los pactos, la risa, los juegos, el goce impasible... y en su llamada presentir el origen.

<sup>1</sup> Texto publicado originalmente en: Bernárdez, Mariana.(2023). "Escribir para no dudar de la existencia", en *Cuaderno bermejo*. Estado de México: CEAPE/FOEM y UAEM, Col. Mujeres, razón y porvenir. Literatura, 2023, pp. 13-17.



Desde siempre el mar y la ensoñación de su agua dormida, en los patios y sus fuentes, en las huertas y sus pozos, en los bosques con sus cascadas escondidas en la escarpada y las carreteras sitiando el océano, el camino a Santiago bordeando la costa de la muerte de acantilados formidables, el Faro de Finisterre frente al Atlántico insondable; y el recuerdo de Creta y su Mediterráneo, *patria* desde entonces.

Pero mi mar era el de un pequeño pueblo de pescadores, con un estero donde se criaban camarones y un puente de madera roída por el que se iba hacia la ribera donde los cocoteros y los papayos crecían. Las casas eran de doble agua con tejas de ladrillo, y en el frente se tendían hamacas en las que se dormía la siesta para luego charlar hasta entrada la noche bajo el arrullo monótono de las cigarras. Los guaraches eran de cuero, los paliacates de algodón, los sombreros de palma y en verano vendían la almeja chocolata a pie de playa.

El hotel encumbrado en el monte tenía un funicular y desde la altura se dominaba la bahía..., detrás la sierra donde se decía que se sembraba amapola; la sierra que se cruzaba para llegar al pueblo atrapado en alguna novela de las que leíamos cuando entraba la borrasca; la sierra con sus soldados y sus guerrilleros malogrados, historias que escuchábamos en boca de la curandera que sabía cómo limpiar la picadura de alacrán, y que traía los ojos aturcidos por hablar con los muertos.

El pueblo olía a hierba-santa y a marisma. Las calles eran de tierra apisonada y el calor con su sopor desventurado nos obligaba a quedar horas al cobijo de la palapa hasta que el aire comenzaba a soplar y el oleaje suavizaba su murmullo.

\*  
\*\*

Escribir del no escribir, de lo que se atestigua y no atrevemos a detener, de cuando el manotazo sustituye la voz en relincho encabritado, de cuando la razón se astilla porque ha sido rebasada en su cordura, o de cuando la tristeza es un torzal amarrado al cuello, que de soltarse, se convertiría en un vendaval porque mucho es el quebranto que cobija bajo su destello.

Escribir del no escribir porque no se creció bajo el yugo del desamparo.

Escribir el miedo de no escribir. *El mar todo lo cura*, decía mi padre, supongo que por eso las largas horas de contemplación, en diálogo callado, donde los fracasos y las penas se desmenuzaban en

"Escribir para no dudar de la existencia", en *Cuaderno bermejo...* Mariana Bernárdez

migaja de pan duro. Tan callado, rodando como chinilla por la pendiente de lo vivido, sitiando su agujero, acechando una clave que develase la ocultación. Y quedaba más callado, prendía un cigarro y otro, la calada era honda... y repetía *el mar todo lo cura*.

La frase me ronda y me consuela, retrocede y ataja en mantra que devuelve la voz que principia, de cuando la incisión, de cuando la letra... la mano que acaricia y prende, que figura y puntea y que habrá de desafiar *la levedad y la gracia* en la arena.

Agua lustral, agua primigenia, *Matria nostrum*.

\*  
\*\*

Una libreta con esquemas y listas que confiesan tanteos y esbozos, un orden desordenado cuando se apunta de prisa lo que llama la atención y anticipa el pensar, el pájaro en el árbol, el higo madurando, los ciruelos en flor, lo que se anhela, títulos de libros y de películas, direcciones, datos curiosos, un garabato, notas de una conferencia, sentencias, aforismos, frases leídas al azar, calles, el origen de la seda, los otros viajes...

Sus tapas son, al paso del tiempo, de un bermejo marchito; fue comprada en Lisboa para cuando fuéramos a la sabana de África o al Templo de los monos en Jaipur. Sea su promesa el agua o la tinta que habrá de pintar los signos donde resurge el mundo. En su entrevelar amanecerán los sueños, así desde la orilla del Ganges un día veremos alzarse la sombra impetuosa del Taj Mahal.

Una bitácora o eso dijimos, pero pudo más el fotografiar porque la luz en Benarés era mucho más que luz y no había palabra que alcanzara a rozarla, como tampoco la había para sujetar el pasmo atónito que sentimos frente a lo salvaje esa mañana en la reserva de Madikwe, Sudáfrica: los rugidos de las leonas agazapadas tras los pastizales, las huellas dejadas en el barro rojo, lo bestial que confiesa lo sacro en su manifestación primaria.

Se deshoja al abrirla y cuando veo caer un pasaje de tren o un timbre postal, sé que su poderío yace en su carácter fragmentario, irresuelto, de escorzo, de conversación abierta a la que se regresa sin prisa y que muestra sin pudor la ilación del devaneo, el acercamiento huidizo, la emoción en malabares, la verdad que seduce y desdeña; lo contrario, lo grácil y lo brusco, la aporía que abraza a su doble antagónico.



Todavía me pregunto por la similitud entre la ruta de un canchero y la escritura del viento en Wadi Rum.

Saber del no saber, la inmanencia que se aproxima para cautivar y abandonar el nudo que acertamos a tensar con mayor fuerza después de su aparecer, el lazo que está hecho para atar el destino.

Un cordón se desliza por su interior, gira alrededor de las cubiertas, y enamora por su delicadeza. ¿De dónde vendrá?, ¿de Antioquía?, ¿qué ruta habrá seguido?, ¿el camino persa que refiere Heródoto?, ¿y el mercader?, ¿habrá portado consigo también rubíes de Birmania o esmeraldas de Zambia?, ¿lapislázuli de Egipto?, ¿jade de China? Quede el secreto en secreto.

Un suave cordel de seda teñido con flores de té que se enreda en los dedos cuando no distinguen qué es lo que habrán de escribir.

Distraída la mente merodea por los libros cercanos, los que no ha terminado, los recién llegados, repasa sus páginas, no hay sosiego, no recuerda el nombre de un autor y el título lo ha encontrado al margen y en letra pequeña en una de sus esquinas, pero no es eso lo que inquieta sino la sensación que provoca la lectura de la palabra “petroglifos”, “qué palabra tan palabra”, ¿quizá por eso anotada incansablemente?

He visto láminas de algunos atribuidos a los nabateos, pero sus formas apresan mi imaginación: el arte parietal no ajeno a la proporción, a la perspectiva, a la magnificencia indescriptible de lo tan vivo, en especial el de Chauvet y el de la cueva de Covalanas con sus dieciocho ciervas.

Lo enigmático. Lo primigenio. Lo que se intuye, el reflejo en el que se descubren otras maneras de vivir, no por lejanas menos añoradas, así los estucos del Palacio de Cnosos, “el príncipe de los lirios”, su cabello oscuro al viento, su tiara tocada de plumas, las cuentas del collar a suerte de flor de lis y en las muñecas unas cintillas en ocre y azul brillante; por el gesto de su mano izquierda se adivina una cuerda que habría de tirar de algún animal, el torso desnudo y los pies descalzos, la rojedad de la que surge y el contraste con otros colores atrapan para siempre un temblor imperceptible en los lirios. ¿Será el correr de la brisa por las arcadas del Palacio quien los agite?, ¿o la danza de la *muchacha indecible*?

\*  
\*\*

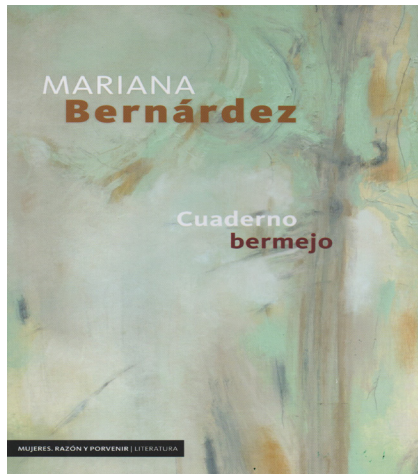
Una isla y un mar, la carga emocional de lo que queda tras la tempestad, las palmas tiradas sobre la costa, el silencio roto de un cielo sin nubes, la tinta en las estampas de Hiroshigué Utagawa cono-

"Escribir para no dudar de la existencia", en *Cuaderno bermejo...* Mariana Bernárdez

cidas por Tablada; la polifonía que desconcierta el discurrir de la psique, Babel furtiva en redención de lo oscuro.

Escribir, aunque siempre quede la sensación de lo inacabado, de que hay un faltante que se fugó en carrera desbocada, una barricada que no se franqueó o ese detalle que recrimina por su omisión, pero lo olvidado es un hueco por el que resignificamos nuestra historia. Lo demás carece de importancia.

La libreta se deshoja..., y la vida también.



### Mariana Bernárdez

mariana.bernardez@gmail.com / ORCID: 0000-0001-9788-8824

Mexicana. Española. Poeta y ensayista, realizó estudios de maestría y doctorado en Letras Modernas y de maestría en Filosofía. Su trayectoria enlaza la creación poética con el ámbito académico y el editorial. Imparte seminarios y cursos sobre "poesía y conocimiento". Es una de las voces más singulares de su generación por su concepción metafórico-simbólica. Ha sido traducida al inglés, italiano, portugués, catalán, francés, rumano y griego moderno. Ha sido ganadora del *Proyecto Editorial del Instituto Mexiquense de Cultura*, en el género de ensayo, en dos ocasiones, en 2005 con *La espesura del silencio*; y en 2012 con el libro *Después de los mares*; distinguida con la beca de la *Fundación Zambrano* agosto-diciembre de 1997; con la del *FONCA-SNCA* en el género de poesía 2018-2021; *Mención Honorífica Única del Premio Nacional de Literatura XXXV Fuentes Mares*, 2020 con *Aliento* traducido al portugués por Nuno Júdice, Lisboa, 2018; con el *Mérito Universitario Bárbara Andrade*, Universidad Iberoamericana, 2020; finalista en el *XXXII Premio Loewe de Poesía*, 2019 con el poemario *Rumor de niebla*; y *Naji Naaman Literary Prize* por "La extrañeza maravillada", 2023, entre otros.